

BOB BRECHER

# Tortura

Hay una bomba  
a punto de estallar

Traducción de  
Vicente Ordóñez Roig

Prólogo de  
Raúl Zurita

RAÚL ZURITA

# Prólogo

El solo hecho de que este libro, *Tortura. Hay una bomba a punto de estallar*, de Bob Brecher, haya sido escrito nos pone delante una esperanza: la del fin de toda forma de tortura; al mismo tiempo, nos pone frente al incancelado horror del mundo. Horror que el pintor inglés Francis Bacon constataba, por ejemplo, en la escena de la Crucifixión y la Cruz, a las que desproveía de cualquier otra connotación que no fuese la de ser una muestra palpable de la violencia que los hombres pueden cometer contra otros hombres.

Lo que el lector tiene en las manos es una obra crucial, que contiene posiblemente la refutación filosófica, jurídica, histórica, política, más rotunda que alguien de nuestros días haya hecho del intento de legalizar la tortura con el consentimiento de un juez competente. Y lo es, entre muchas otras razones, porque en el conmovedor alegato de Bob Brecher están comprometidas todas las esferas de lo humano; de los cuerpos que somos, de nuestras carnes, de nuestras frágiles identidades, de nuestra crueldad, de nuestro amor. A lo largo de cuatro capítulos, el libro va desmontado uno a uno los argumentos que esgrimen los partidarios de legalizar la tortura, centrándose sobre todo en su exponente más connotado, el

jurista norteamericano Alan Dershowitz, de quien dice que, a diferencia de los otros, «trata al menos de decir algo sobre qué piensa cuando habla de tortura: agujas introducidas bajo las uñas», pero que «es incapaz de (o no está dispuesto a) enfrentarse a lo que realmente es». Así, después de demostrar la absoluta inutilidad de la tortura como medio para obtener información, nos hace ver las consecuencias que implicaría legalizarla; una de ellas es que al incorporarla legalmente y dado que se trata de provocarle al torturado «un dolor insoportable pero no duradero», se necesitarían torturadores profesionales respaldados con un grado académico y así, en un dos por tres, estaríamos reviviendo la imagen del torturador nazi que, una vez cumplida su jornada de espanto, volvía a casa, jugaba con sus hijos y sacaba a pasear al perro. Pero, desgraciadamente, eso del «dolor insoportable pero no duradero» no es un juego de palabras.

Entendemos entonces que el libro de Brecher es sobre todo un libro de pasión y un alegato magistral que contiene todo el desgarramiento que inevitablemente conlleva el enfrentamiento con lo real. Como remarca el autor, sabemos que en este instante hay hombres y mujeres que están sufriendo suplicios indescriptibles; allí sigue Guantánamo, las bodegas de los barcos usados como prisiones de tortura y mataderos de hombres de las dictaduras latinoamericanas, las cárceles secretas instaladas en distintos países del mundo.

Decía que el hecho de que un libro como *Tortura* haya sido escrito nos ponía frente a una dimensión del horror que está allí, delante, inmediata, y que de no existir la tortura este libro no existiría. Es, claro, una obviedad, pero esa obviedad es parte de lo que conmociona al leer *Tortura*. Son muchos, millones, los que, en una tierra de víctimas y victimarios, de torturadores y torturados, sienten que todo podría haber

sido diferente y que en sus bibliotecas invisibles hay poemas infinitamente más bellos que la *Iliada* o que la *Divina comedia*, donde esos libros no existirían simplemente por el hecho de que los suplicios y crímenes que tuvieron que narrar nunca sucedieron. De allí también la tristeza que conllevan estos argumentos: con una brizna más de compasión, de empatía, con un miligramo más de bondad, con tan poco más habría bastado para que nada de esto hubiese ocurrido, y continúe ocurriendo.

Uno de los escritores más impresionantes de esta contemporaneidad sin tregua del dolor, Jean Améry, superviviente de un campo de tortura nazi que se suicidó treinta y tres años después, explica en un párrafo lo que es la tortura «mucho mejor de lo que yo podría haberlo hecho nunca», según admite Bob Brecher:

Solo en la tortura el hombre se transforma totalmente en carne: postrado bajo la violencia, sin esperanza de ayuda y sin posibilidad de defensa, el torturado que aúlla de dolor es solo cuerpo y nada más.

Es eso. Atterradoramente, es eso y no la idea abyecta de que puede existir una «tortura *light*», ni tampoco la frivolidad que Brecher le enrostra a Dershowitz y su anuencia a provocarle a otro el referido «dolor insoportable pero no duradero». ¿Pero, qué es eso de «no duradero»? No se mata a una persona una sola vez, al torturarla se la mata infinitas veces, se la mata en cada minuto de su pasado y en cada segundo de su futuro, en cada centímetro de la tierra que ha pisado y en cada centímetro de la tierra que no pisará. Se la mata frente a los otros muertos y frente a los ojos llorosos de los vivos. Sabemos que, a la vastedad del crimen, el arte, la literatura,

la filosofía, solo pueden oponer el hilo extremadamente delgado y tenue del amor y la compasión, pero también de un posible, hipotético, tardío consuelo que todos necesitamos por nuestros caídos, por nuestros torturados, por nuestros desaparecidos.

Carecemos de palabras para imaginar qué preguntas, qué recuerdos son los que asaltan a alguien en ese extremo monstruoso en que está siendo torturado. Su grito es el hoyo negro del lenguaje, él se traga todas las palabras, todos los sentidos. Y, sin embargo, precisamente porque no existen esas palabras, hay que repetir las una y otra vez para traer a este lado del mundo la porosidad terrible y despiadada de cada uno de esos momentos. Expulsados del horizonte del lenguaje, como lo escribe exactamente Améry en el párrafo citado, debemos, no obstante, erguirnos desde esa imposibilidad para volver sobre el extremo irrepresentable del suplicio y de la muerte. Porque, al final, es precisamente ese regreso del silencio la descomunal tarea que nos impone este libro, a la vez que nos muestra el registro infinito de la piedad por todas las víctimas que hemos sido y que seremos.

Tocado entonces por algo más hondo e impronunciable que todo lo que yo al menos pueda expresar, vislumbro que, si este libro doloroso y magistral, como decía al comienzo, existe, fue escrito, es porque detrás de cada palabra nos está recordando que las víctimas de la tortura son nuestra responsabilidad, porque juntos las hubiésemos salvado.

Ser una humanidad es eso: la certeza inconsolable de saber que todos juntos las hubiésemos salvado.

RAÚL ZURITA  
*Marzo de 2022*

# Preámbulo

Como ha señalado Conor Gearty, vivimos en una época que «se toma en serio a los juristas norteamericanos cuando estudian que sea necesario solicitar órdenes judiciales para torturar y lo vean como una reforma de lo que consideran el inaceptable sistema de tortura arbitraria actualmente vigente». Y está en lo cierto cuando sigue diciendo que «es como reaccionar contra una serie de crímenes de la policía con propuestas de reforma de la ley de homicidios para autorizar de manera oficial ejecuciones aprobadas extrajudicialmente».<sup>1</sup>

Dado que la sociedad en general está tomando en serio a estos jurisconsultos, urge denunciar la falsedad de sus argumentos ideológicos. Hay que rebatir la «respetabilidad» de la llamada «hipótesis de la bomba de relojería», pues a partir de esta hipótesis se justifica la tortura y se defiende que es mejor regularla normativamente. De otro modo, corremos el riesgo de que los políticos occidentales nos persuadan de que debemos abandonar otra libertad básica —la protección contra la tortura— en la interminable «guerra contra el terrorismo». Un corto trecho separa la legalización de la tortura para obtener información de la aceptación de la tortura como instrumento legítimo que justifica cualquier fin. La «respetabilidad

intelectual» que los estudiosos del Derecho confieren a la hipótesis de la bomba de relojería es esencial para su cometido. Por tanto, y como Alan Dershowitz es quien ha elaborado con esmero el proyecto de emitir órdenes judiciales para torturar y se ha convertido, así, en el más importante y conspicuo de los defensores de la tortura, es en él en quien debemos fijar nuestra atención.

En la introducción, muestro algo sobre el contexto intelectual y el político de la hipótesis de la bomba de relojería, que constituye la base de este estudio. En el capítulo II defendiendo que dicha hipótesis es, en sus aspectos clave, una quimera, y que son falsos los argumentos que ofrece Dershowitz con el fin de justificar la tortura en un interrogatorio si con ella se puede evitar una posible catástrofe. En el capítulo III sostengo que, se piense lo que se piense, las consecuencias de legalizar —y por tanto institucionalizar— la tortura en un interrogatorio serían tan desastrosas que no compensarían las posibles catástrofes que se podrían evitar. Por último, en el capítulo IV, expongo conjuntamente las implicaciones que mi argumento tiene sobre la tortura en general y sobre la tortura en un interrogatorio en particular. Además, explico por qué toda sociedad, aunque no viva en un perfecto Estado de derecho, debe abjurar de la tortura, cualesquiera que sean las circunstancias, siempre y en todo lugar.

Escribir este libro no ha sido fácil y debo mucho tanto a los que me han apoyado durante los últimos dieciocho meses, amigos y colegas, como a todos aquellos, demasiados para nombrarlos, con los que he mantenido fructíferas conversaciones. Estoy muy agradecido a Gideon Calder, Mark Devenney, Angela Fenwick, Jo Halliday, Richard Jackson, Carol Jones, Alyce von Rothkirch, Doris Schroeder, Phil Vellender y Sophie Whiting por sus comentarios a las distintas secciones

de este libro y el apoyo brindado. También al público presente en el congreso «The Barbarization of Warfare» celebrado en la Universidad de Wolverhampton en junio de 2005 y al del congreso «The Concept of War: Political Science, Philosophy, Law» celebrado en Vancouver en septiembre de 2006, así como a sus organizadores. Por último, dejo constancia de mi agradecimiento a un revisor anónimo por los valiosos comentarios que aportó al borrador final. Y a los compañeros de Blackwell Publishing, con quienes ha sido un placer trabajar: Nick Bellorini, modelo de editora profesional; Gillian Kane, Brigitte Lee, Kelvin Matthews, Jack Messenger y a la indexadora Marie Lorimer; y a Michael Boylan, editor de una colección con la que colaborar es motivo de orgullo.

Los beneficios que genere este libro los entregaré a Amnistía Internacional y la Fundación Médica para el Cuidado de las Víctimas de la Tortura.

BOB BRECHER  
*Brighton, 2007*